



BIBLIOTECA *MARCEL·LÍ DOMINGO*

Recull de premsa local i comarcal

ORIGEN DE LA ORDEN DEL HACHA



Marqués de Tortosa, Ramón Berenguer IV, para quien la Provence parece alentar de laureas de que continúa el camino de su existencia, sigue en herencia catalogar a redimir nuevas tierras. La flecha de su ejercito apunta a Lérida, la que se propone conquistar.

Mientras, Tortosa se sumerge en el gozo de su liberación. En el lugar que ocupara la mezquita edificada en el año de 1065 de Abderramán III emprenderá a construir la Catedral. Ya en sus telares, de juta fama por sus primorosas producciones, se tejen flecos para almohadas y alfacitas de taforas moros. Ya las postas de las cortes del Al-Andalus can-

Pero el paisaje, lleno de bravura, no se resigna a la pérdida de Torreblanca. Aunque ya no es la capital de la sierra, allí adquiere una nueva belleza, la favorable coyuntura de hallesas despeñadas y rocosas con la complicidad de los morados habitantes de la Aljama tortesina. Es un amanecer de 11.40. La niebla matutina pone cendales vaporosos sobre las tierras bajas del valle; pero a medida que el sol se despierta por Col del Alba permanece en la parte alta de la sierra dejando vibrar la presencia de sus extremidades de la cumbre, de una poderosa fuerza que impone temor a los alborotos como son manchas de alcarfor sobre el paisaje polvoroso de la Vega. El sol es fujo gesticula destellos de sus corvitas cimarras. Predeidos de sus alzazares, avanzan los guerreros solitarios, brillando en el negro abache de sus ojos un afán homicida de desquite y de venganza. Y poner cerca a la paciencia, la que esperó rendir pronto.

ponecer en la patria, la que esperan rendir pronto. Ante el sol naciente de la libertad, vuela la cuerda sensible de su patriotismo, despierta el espíritu inmortal de sus padres. No van son hijos de esta raza hispana que ha asombrado al mundo con sus héroes y santos, místicos y mártires, sabios y conquistadores, llegando hasta alumbrar un nuevo mundo para la Humanidad. Representantes de la nobleza, del clero, de los gremios artesanos y del pueblo llano, gentes en su mayoría más diestros en las industrias y regalas de la paz que en el oficio de las armas, acuerdan defender la ciudad a todo trance. Y mientras Tortosa rechaza con heroísmo las acometidas saracenas, emisarios tortosinos — mensajeros de la esperanza — siguiendo caminos de trocha,

tortosinos — mensajeros de la esperanza —, siguiendo caminos de trocha, descendiendo vaguadas y remontando cerros, van en demanda de socorro a su señor el Conde Ramón Berenguer, a la sazón empeñado en la conquista de Lérida. Pero el Conde dice no poder ayudarles de momento, pues habrá que sacar de sus fuentes todas en empresa de tanta montaña como la en que están a punto de trunfar.

Las fuerzas de Mahoma comienzan a los bravos defensares de Tortosa a rendirse; pero la decisión inquebrantable de defendérse hasta morir da la respuesta:

—Nostramo el Conde, que Dios guarde, vendrá en nuestra ayuda. Dios hará que vuestras plantas no pisen como vencedores el guijo de nuestras calles; porque Aquel que da y quita la fuerza y el poder, y humilla a los soberbios y ensalza a los humildes; Aquel que es omnipotente sobre todas las cosas, dispersará vuestra hueste como el viento espacie la arena en el desierto.

El despecho del moro se vierte en postrema amenaza: .

— El despecho del moro se vierte en postrema amenaza:
— Perros cristianos: os humillaremos aplastándoos la frente con nuestras babuchas.

La lucha adquiere caracteres épicos. Los cantos homéricos al valor y al heroísmo hermano tenido igualmente plena justificación si hubiesen sido inspirados en la bravura con que los tortosinos defendían su tierra, su libertad, sus creencias. Pero han agotado casi todas las posibilidades de resistencia. Los vívientes faltan; los físcos, con su ciencia primitiva, no alcanzan a curar los muchos heridos; escasea la ropa con que preparar hilas y vendas para tanto humanidad doliente. Y como si hasta la Naturaleza sintiese el dolor de la ciudad martirizada, en las hojas de los árboles tiemblan gotas de rocio que son como lágrimas del cielo llorando por los sufrimientos de sus hijos de Tortosa.

En tan difícil trance, fallada la esperanza del socorro del Señor, los hombres se reúnen en asamblea patriótica y acuerdan emitir a los de Sagunto y Numancia. Matarán a las mujeres y a sus hijos, destruirán cuanto posean de valor y saquearán a los demás como el enemigo lo merece. Los que no quieran oponerse no tienen de otra opción, ni mera determinación, pasando trascendido el acuerdo y una hembra valerosa y decidida reinea en una iglesia a las mujeres y les expone el propósito de los hombres. Luego, presentándose ante éstos, les prometen que si han de caer en manos de los moros, se darán muerte por su propia mano; pero creen que no es necesario que tengan existencia física para cumplir su amenaza de la muerte, al igual que los enemigos pueden cometer crímenes de Dios, salvajes. Ellas parten del que uno un cumbre humanas luisen desatadas de la plaza e hicieren correr entre los musulmanes la voz de que el Conde habla logrado, de noche y por caminos secretos, introducir tropas en la ciudad. Tales alusiones a las fortificaciones con cascotes, doradas y otros apéndices militares, a más de utensilios domésticos que a distancia pudieran servir como dardos ofensivos, a cuya vista y ruido quizás amedrentaría al enemigo.

Asi se conviene. Y en el amanecer de un día de verano, las valerosas ma-

Así se convino. Y en el amanecer de un día histórico, las valerosas matronas de Tortosa, llenas de ardoriento, invaden los caminos de ronda en las murallas, y en el castillo de la Zuda los patios de armas, torreones y barbacanas se cubren de lucecillas que hacen relucir engañosamente los inofensivos objetos metálicos de que van provistas, armado un gurijay de voces y golpear de unos metales con otros, que la estrategia sume efecto. Se oyen exclamar en el campo moro:

—¡Mirad! En las almenas de los muros cristianos, sus quereros son tan

—¡Mirad! En las almenas de los muros cristianos, sus guerreros son tan numerosos como los gorriones sobre los árboles en primavera.

Y en el fatalismo de su raza encuentran una justificación a la quiebra de sus ilusiones:
—Alá es grande, e inescrutables son sus designios.
Al mismo tiempo, los hombres, enardecidos con el ejemplo de las muje-

Digitized by srujanika@gmail.com

res, salen como torrente desbordado por los portales de la ciudad y se lan-

res, salen como torrencia desbordado por los portales de la muerte, con impetu suicida sobre el asombrado enemigo, y en la sublime locura de su heroísmo, matan, destruyen, pilean, derriban cuantos obstáculos se les oponen. Ellos, los tortosinos, tampoco en la batalla cuestan sus enemigos sino después de muertos. Por doquier oyéanse imprecaciones y gemidos. Tétaricos lumbrados pregan en las últimas sombras vespertinas el

donde se realizó el campamento musulmán. De nadie surge que algunos jefes intentaron retener a sus despojadas huestes y evitar la desbandada. Esta se produce. El terror pone alas en los pies de la morisma, que en su huída siempre abra de dejos el campo de batalla. Su derrota es completa. El marcial estrepito se apaga, se apaga, hasta que se hace definitivamente en el silencio. Y los heroicos tortosinos, ebrios de triunfo, canados los brazos de tanto matar, y las piernas de tanto perseguir, trasponen, jadeantes, los portales de la ciudad, entre lágrimas de orgullo y cantos de victoria.

La leyenda refiere que mientras entraban las plazas se luchaba con denodo, un escudrón de moros atacó con furia el portal de San Cristóbal,

denudo, un escudero de moros atacó con furia el portal de San Cristóbal, que en ja euñor del momento, había quedado casi desguarnecido, y cuando parecía inminente su entrada por ella en la ciudad, apareció un arrogante peregrino (roméu) que les acometió, y con la fuerza de su poderoso brazo les rechazó. Según la tradición, el peregrino era, como en Clavijo, el Apóstol Santiago. De ahí que en dicho portal se esculpira después su imagen.

La fe y el patriotismo de los tortosinos obtuvo el premio merecido. Ya los sacerdotes no enviarán —como en otras partes hicieron— carros cargados con cabezas de cristianos a sus reyezuelos, como macabro trofeo de victoria, ni las doncellas tortosinas secarán de lágrimas las fuentes de sus ojos en el cautiverio de los serranos mogrebines. Y en acción de gracias, piadosos romeros de esta tierra seguirán trillando con sus pies descalzos

piadosos romeros de esta tierra seguirán trillando con sus pies descalzos los caminos que los peregrinos del mundo cristiano abrieron en las tierras hispánicas para visitar la tumba del Apóstol en Santiago de Compostela.

Todo parecer sonreír en la Naturaleza. Los jilgueros, ebrios de sol y de ardor campesinos, emiten alegramente sus trinos, maravillosos en su ironía. El celo apaciero dísese como el alermón del auro, entonan el discordan pie pero grandioso himno con que la Naturaleza agradece al Creador el maravilloso don del trabajo y de la vida. El Ebrio, con murmullos sonrientes, se acuerda de su hermano el Pájaro, que en su canto de amor a la Madre tierra, le ha recordado la dulce infancia.

tes, rende al pietohomenaje de sus aguas ante los muros de la ciudad querida. La Creación toda parece sumarse el gozo de la patria recobrada. Pero hay algo que empaña la alegría del regreso del Conde. Los tortuosos vienes herido su orgullo y defraudado su lealtad por el abandono en que su soberano les dejó en tan tremenda coyuntura. Por esto no se le recibe con

arcos triunfales, ni repican en su honor las campanas; las banderas de los gremios y estamentos de la ciudad no flamean al viento su alegría de fiesta.

gremios y estamentos de la ciudad no flamean al viento su alegría de fiesta y homenaje, ni las hogueras nocturnas —costumbre introducida por los árabes en la Península, como signo de regocijo— reflejan en las paredes las sombras chincleñas del contenido ciudadano.

la ayuda de Dios, amen del valor e ingenio de nuestras mujeres. Y pues vuestro empeño estaba en otros monasterios, seguid en la paz de Dios el camino de vuestra gloria, que el nuestro, humilde y recto, harto sabemos caminar sin ayuda ajena.

los Condes soberanos de la marca Hispánica.

§ III. Lector tortosino: Si alguna vez pisas las históricas tierras de Santa María de Ripoll, detente ante el cenotafio de aquel preclaro Príncipe de la Cristiandad que por sus prendas y virtudes entró en la Inmortalidad por la puerta de los elegidos: Ramón Berenguer IV, Conde de Barcelona y Marqués de Tortosa y Lérida, y dedicad un plácido recuerdo, ya que él nos unió vínculos históricos indeltables. Allí, ante una lápida funeraria, el espíritu de este gran caballero se eleva en acto de reflexión sobre lo efimero de las humanidades, en el que tan tantos losas, tantos honores, cohan en su nula y pasea conjeta d'su eterno destino.

ulosos de sus tradiciones, de la gloria de la Reconquista, que solo la hierba del olvido. No en vano el hidalguía, su orgullo, la laboriosidad y la moralidad de su gente, ha sabido armonizar la vida práctica de sus hijos con el marco de su trabajo y su vida.

Font: biblioteca.tortosa.cat